

reiterándole su amistad, dió las órdenes necesarias á su gente para emprender el viaje con direccion á Pánuco.

Por esta série de circunsancias, Francisco de Garay habia caído en poder de Nazatcotlan.

Volvamos ahora nuestros ojos á los compañeros de prision del capitán español, don Lope de Barbadillo y Catalina, y asistamos á la entrevista que celebraron en la triste y lóbrega mansion en que se hallaban reunidos.

CAPITULO LIV.

Ingenio de Barbadillo.

BARBADILLO fué el que rompió el silencio, y dirigiéndose á Francisco de Garay, que sufría horriblemente al ver el mal éxito que habia tenido su primera tentativa, y que temia por su vida, toda vez que se hallaba en poder de Nazatcotlan, que tan cruel se mostraba con los españoles; Barbadillo, repetimos, le dijo:

—No desmayéis tan pronto, amigo mio. Grave es, en efecto, nuestra situacion; pero no lo es tanto que desesperemos de salir de ella. Nazatcotlan, por lo que he tenido ocasion de observar, es implacable con los que se muestran arrogantes, y compasivo con los que aparecen sumisos.

Quando comparezcai en su presencia mostraros humilde; yo pondré cuantos medios me sugiera mi imaginacion para inclinarle en vuestro favor, y no lo dudeis, las razones que pienso alegar mejorarán nuestra situacion: verá en nosotros unos auxiliares poderosos para su causa, y cuando hallamos logrado inspirarle confianza, nos será fácil evadirnos, si es que ántes no hallamos otro medio de conseguirlo.

Francisco de Garay se disponia á preguntar á Barbadillo qué medios se proponia emplear para realizar lo que le ofrecia, cuando se oyeron pasos en la galería que comunicaba con su prision, pasos que cada vez fueron haciéndose más perceptibles.

Un momento despues se abrió la puerta, y Nazatcotlan, se-

guido de ocho mexicanos perfectamente armados, penetró en la estancia.

Inmediatamente mandó cerrar la puerta, dejando fuera á dos de los que le acompañaban custodiándola.

Barbadillo se apresuró á saludarle, afectando siempre la respetuosa humildad que tanto le habia hecho ganar en el ánimo del cacique.

Catalina no pronunció una sola palabra, y únicamente se sonrió melancólicamente.

En cuanto á Francisco de Garay, recordando las indicaciones de su amigo don Lope, apenas se atrevió á alzar los ojos del suelo.

Halagaba en extremo á Nazatcotlan aquella actitud de los extranjeros y su soberbia le hizo exclamar:

—He aquí á los extranjeros, de quien tantas hazañas se cuentan, temblar ante mi presencia. Si en los países que han recorrido hubieran encontrado un corazón enérgico como el mio, á buen seguro que no hubieran conseguido tantas victorias. Es cierto que poseen el rayo y el trueno, ¿pero qué valen ante la fuerza, ante el rigor, ante el arrojo de los que pelean por defender la independencia de su patria?

Ese capitán, que tan arrogante se mostraba hace pocos días, tiembla en mi presencia como el mísero colibrí ante la tempestad que se desencadena, sin duda porque conoce sus culpas y advina que dentro de breves instantes será conducido al teocali para ser sacrificado en aras de los dioses.

Don Lope Barbadillo que, como saben nuestros lectores, conocia perfectamente el idioma de los mexicanos, al oír el monólogo del cacique creyó que era llegado el momento de realizar el proyecto que habia concebido, y dirigiéndose á él le dijo:

—Oblebro infinito, gran señor, que os hayais dignado bajar á visitarnos, porque el agradecimiento que os debíamos mi hijo y yo nos hacia desear el momento de prestaros un servicio impor-

tantísimo. La casualidad nos ha deparado esta ocasion, y por eso damos gracias al cielo.

—No te comprendo.

—Me explicaré.

—Habla, añadió el cacique, disponiéndose á prestar atención á Barbadillo, porque las palabras que le habia dicho despertaban vivamente su curiosidad.

—Os he oído decir, prosiguió don Lope, que os asombraba cómo los españoles habian podido vencer en casi todos los encuentros que han tenido con vuestros compatriotas.

—No me asombra que hayan vencido. Lo que me asombra y me indigna es, cómo siendo insignificante su número, han sido tan débiles, tan cobardes, tan infames los que se han dejado arrollar por ellos.

—Y sin embargo, no podia suceder otra cosa.

Nazatcotlan empezaba á impacientarse al ver la arrogancia con que le hablaba Barbadillo; pero dominando su ira y obediendo á la curiosidad que habian despertado sus palabras:

—Vamos á ver por qué habian de triunfar los extranjeros, le dijo.

Su interlocutor comprendió el terreno que iba ganando, y confiando en el éxito de la empresa que se proponia llevar á cabo, añalió:

—La causa principal de la ventaja con que luchaban nuestros compatriotas, es la admirable organizacion que tienen sus tropas. Todas obedecen á una sola voluntad, y como los que las dirigen conocen perfectamente el acto de la guerra, de aquí que doscientos hombres bastan para contener y destrozár á millares de vuestros soldados.

—¿Es decir, exclamó con frenética alegría el cacique, que estando en mi poder el caudillo nada tendré que temer de los extranjeros?

—Así sería en efecto, si en la táctica que observan los españoles no estuviera previsto ese caso.

—No comprendo lo que quieres decir.

—Es muy sencillo. En la organización de nuestro ejército, además de los jefes superiores, hay otros subjefes, que ocupan los puestos de aquellos en caso de que sucumban; y está tan sabiamente arreglada esta sustitución, que aun cuando quedasen solos dos soldados el uno tiene autoridad sobre el otro.

Quedó un instante pensativo Nazatcotlan, reconociendo las ventajas que indudablemente tenían sobre sus tropas las de los extranjeros.

Barbadillo, que como hemos dicho, era hombre sagaz y leía en el corazón de Nazatcotlan:

—Hé aquí ahora, le dijo, el inmenso servicio que puedo prestaros.

El cacique redobló su atención.

—Teneis en vuestro poder al capitán don Francisco de Garay, valiente como el que más y entendido como ninguno. Sacrificándole en aras de vuestros dioses, ninguna utilidad podéis prometeros, y en cambio conservándole la vida puede seros muy útil, porque él podrá organizar vuestro ejército, que siendo tan numeroso, una vez iniciados en los secretos del arte de la guerra, no solo no tendreis que temer una invasión extranjera, sino que obligareis à todas las tribus del imperio à someterse à vuestra voluntad.

Halagó al cacique la idea, y se retiró con ánimo de consultar con sus consejeros y teopixques acerca de las indicaciones que acaba de hacerle don Lope Barbadillo.

Los prisioneros volvieron à quedar solos.

CAPITULO LV.

Una falsa maniobra.



RANCISCO de Garay y Catalina, que habían asistido à aquella entrevista, aunque sin entender una palabra de las que se habían pronunciado, acosaron à preguntas à su compañero de prision.

—No me había engañado, dijo éste, al ofrecer que conjuraría la tormenta.

Garay se rebelaba ante la idea de hacer traición à sus compañeros, que representaba para él su patria, dando al ejército de los de Pánuco la organización de que carecía, pero Barbadillo, para disipar sus escrúpulos:

—No supongais, amigo mio, le dijo, que yo había de hacer traición à la causa que aquí hemos venido à defender. Mis proposiciones al cacique han tenido por causa principal salvaros la vida, y además ganar tiempo hasta que las circunstancias nos abran camino.

En esto estaban de su conversacion, cuando se abrió de nuevo la puerta, y Nazatcotlan, presentándose seguido de los que le habían acompañado en la anterior escena:

—Acaban de noticiarme, les dijo, que en las embarcaciones de vuestros compañeros están poniendo à toda prisa unos lienzos en la punta de los palos. En el más alto han colocado un lienzo blanco; y en otro más mediano un lienzo encarnado. ¿Qué significa esto?

Francisco de Garay supo por Barbadillo esta noticia, y concibió un rayo de esperanza.

Era indudablemente que sus compatriotas trataban á toda costa de auxiliarles, y ocultando su emoci6n, indicó á Barbadillo la respuesta que habia de dar al cacique.

Don Lope, con la serenidad que nunca le abandonaba:

— Eso quiere decir, le contestó, que deseosos los españoles de poner término á la lucha que vienen sosteniendo, lucha desastrosa para todos, y animados del propósito de entablar con vosotros las buenas relaciones que sostienen con los de otras provincias del imperio, aguardan les deis permiso para penetrar en vuestro territorio, no como conquistadores, sino como amigos; para poder difundir aquí la civilizaci6n y que disfruteis de sus ventajas.

Acogió con entusiasmo el cacique las palabras de Barbadillo; pero para proceder con más acierto, le dijo que aplazaba su resoluci6n hasta consultar á sus consejeros.

Acto continuo se despidió de los prisioneros y dió las órdenes oportunas para que se reuniese el consejo.

Asistieron á él los teopixques, los caciques principales y los guerreros más distinguidos, y despues de saber el objeto de la convocatoria, uno de los caciques, anciano de lengua y blanca barba, de ojos vivos á pesar de su edad, y en cuyo semblante se marcaba esa ironía que producen los desengaños y el conocimiento de los hombres:

—Seríamos muy crédulos, les dijo, si diéramos oídos á esas falaces proposiciones. Por lo que he oido hablar de esos extranjeros, que los dioses confundan, si conocen perfectamente el arte de la guerra, son mucho más maestros en el arte de engañar con falaces promesas. No es la primera vez que afectando sentimientos generosos, protestando que al venir á estas regiones no tienen otro objeto que el de difundir la civilizaci6n, el de estrechar los lazos que deben unir á todos los hombres, una vez

dueños del territorio, han impuesto tributos ominosos á nuestros hermanos, han quemado sus casas, han deshonrado á sus esposas y á sus hijas, y por todas partes han sembrado el luto, la desolaci6n, el espanto.

Si algo pueden influir en tu voluntad los consejos del que siempre te ha querido como un hijo, del que te ha respetado como á su señor, del que más de una vez ha expuesto su vida por conservar tu prestigio, del que tantas pruebas tiene dadas por el amor de su patria, del que por nada del mundo se doblegaría ante el yugo de unos miserables y ambiciosos aventureros, desecha esas proposiciones que causarían nuestra ruina, medita las consecuencias que causarían la falta de prevision, y obliga á los extranjeros á que se aparten de nuestras costas. Si desoyen tus órdenes, si son sordos á la razon, á la justicia, á la equidad, que aconsejan hablarles de este modo, reúne á tus tropas, ponte al frente de ellas, y no dudes que aunque las arrugas surcan mi semblante, que aunque los años debilitan mi cuerpo, me siento con fuerzas suficientes para sostener una lucha con los invasores, porque el sentimiento de la independenciá da vigor á mi espíritu; y no lo dudes, al verme arrojarme el primero sobre nuestros enemigos, no habrá un solo habitante en Pánuco que no secunde mis esfuerzos.

Las palabras del anciano hallaron eco en todos los circunstantes, y Huizbilondho, guerrero esforzado, terror de los mexicanos por sus hercúleas fuerzas, dirigiéndose á Nazatcotlan:

—Ha llegado el momento, dijo, de que terminen las contemplaciones. Esos extranjeros acabarían por hechizarte como han hechizado á otros caciques poderosos, y deber nuestro es impedir que llegue ese caso.

Es preciso que inmediatamente se alejen de nuestras costas esos extranjeros. Si no nos obedecen pronto, presenciará Pánuco la más horrible de las hecatombes.

Nazatcotlan envió un emisario á Francisco de Garay, exi-

giéndole que diese una orden al jefe de la pequeña escuadra para que se retirase.

Garay y Barbadillo celebraron aquella ocasión que les deparaba la fortuna para ponerse en comunicación con sus compañeros, y aprovechándose de la ignorancia de los de Pánuco respecto á la escritura, en vez de la orden que se les exigía, enviaron una carta confidencial á sus amigos, diciéndoles que se alejasen algo de la costa, que hiciesen una falsa evolucion, que ellos eran objeto de las mayores consideraciones por parte del cacique, que le inspiaban confianza, y que por lo tanto creian fácil encontrar el medio de poder evadirse en dias no lejanos.

Los emisarios llevaron á Nazatcotlan el pliego que le entregó Francisco de Garay, y el cacique á su vez lo mandó al jefe de la pequeña escuadra de los españoles.

La alegría de los de Pánuco no tuvo límites al ver que los extranjeros se alejaban de su territorio.

La tranquilidad volvió á renacer en todos los corazones, y Nazatcotlan aumentó su aprecio hácia sus prisioneros por la prontitud y la eficacia con que se habian aprestado á obedecer sus órdenes.

Una circunstancia, al parecer insignificante, hizo creer á los cautivos que el dia de su evasion habia llegado.

CAPITULO LVI.

Esperanzas frustradas.



ONSERVABA Francisco de Garay en su poder un precioso relicario, que al despedirse le habia dado su mujer.

Tenia en el centro una preciosa imagen de la Concepcion, y se hallaba adornado todo alrededor de perlas y otras piedras preciosas artistica y felizmente combinadas.

Más de una vez habia llamado la atencion del encargado de llevar la comida á los presos tan preciosa joya, en nada parecida á todas las que hasta entónces habia visto, y los españoles formularon un proyecto, que indudablemente les proporcionaria los medios de evadirse.

No habia un solo dia que Francisco de Garay no exhibiese ante los codiciosos ojos del indio la imagen de la Inmaculada.

El indígena decia que daria todos los tesoros del mundo por poseerla, y Barbadillo, aprovechándose del deseo manifestado por el indio, comenzó á poner en práctica el plan que habia concebido.

—¡Nada más fácil para tí, le dijo, que poseer esa joya; pero su valor es tanto, que seria preciso te hicieses digno por tu comportamiento á que te la regalásemos.

—Haria cuanto me ordenaseis para obtenerla.

Barbadillo, que no se paraba en escrúpulos en la situacion crítica en que se encontraban, añadió:

—Has de tener en cuenta que el que posee ese talisman es